Annapurna

PRIMER OCHOMIL

La gran aventura

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 19

1: LA REVOLUCIÓN EN PALACIO 23

2: LAS ISLAS 37

3: EL VALLE DESCONOCIDO 55

4. EL GLACIAR ESTE 73

5. EN BUSCA DEL ANNAPURNA 95

6. CONSEJO DE GUERRA 127

7: EL MIRISTI KHOLA 141

8. EL ESPOLÓN 155

9. EL ANNAPURNA 175

10. LA HOZ 201

11. CAMPAMENTO II 219

12. EL ASALTO 237

13. 3 DE JUNIO DE 1950 253

14. LA GRIETA 265

15. EL ALUD 285

16. LA RETIRADA 303

17. EL BOSQUE DE LETE 323

18. LA PROCESIÓN EN LOS ARROZALES 343

19. GORAKPUR 361

20. HAY OTROS ANNAPURNAS 371

21. BIOGRAFÍA 386

1
LA REVOLUCIÓN EN PALACIO

La salida está próxima. ¿Conseguiremos despegar?

Todo el personal del Club Alpino Francés está en pie de guerra.

No queda ni un minuto para disponer nada. El correo llega de todas partes. Impresionantes pilas de papeles se amontonan sobre las mesas.

Los repartidores, en medio de un ruido ensordecedor, traen pesadas cajas de trajes de montaña, calzado, botellas de oxígeno, paquetes de galletas, clavos de todas las medidas, abrelatas automáticos, paquetes con tiendas de campaña...

En el número 7 de la calle de La Boétie las luces están encendidas hasta tarde. El nerviosismo es general. El Comité del Himalaya se reúne casi todas las noches. A las nueve, puntuales como relojes, van entrando uno tras otro unos personajes de los que depende la suerte de la expedición. En sus concilios se preparan las más importantes decisiones. El Comité fija el presupuesto, prevé los azares, sopesa riesgos y, finalmente, designa a los participantes.

Desde hace pocos días sabemos quiénes componen la expedición. Estaré bien acompañado.

Jean Couzy, alto y distinguido, a sus veintisiete años es el benjamín del equipo; es un brillante politécnico, ingeniero de aviación, y desde el primer momento fingimos tomarlo por hombre perdido en sus ecuaciones. Recién casado, no vacila en dejar a su esposa Lise para intentar la gran aventura. Silencioso, con la mirada lejana, parece siempre estar meditando en los últimos problemas de la electrónica. Una noche, en medio de la fiebre general, se acerca a mí y, traicionando su origen meridional (es de Nérac), empieza una interminable discusión, apoyada por gestos, sobre el arte y la manera de determinar las dificultades en la escalada.

—Mira este gráfico —me dice.

—¡Hermosa escalera!

—¡Es la pared norte de los Drus! —exclama triunfante—. Aquí está todo explicado.

—¿Y si sobreviene una tempestad en el recorrido?

—Evidentemente, pero... ¡Bueno, entonces el gráfico cambia!

Marcel Schatz será también de los nuestros. Es el compañero habitual de Couzy y constituyen una cordada admirable. Schatz tiene dos años más que su camarada y es ancho de hombros y de aspecto robusto. Viste siempre con elegancia y tiene motivos para ello: es gerente de una de las importantes casas de confección de su padre. Es aficionado a la buena organización, al orden y al método. En las excursiones no se hace rogar para preparar el vivac.

Apasionado por el alpinismo y soltero, nada le impide pasar sus vacaciones en la alta montaña. A pesar de ser parisiense, y por tanto alejado de su paraíso, es raro que pase un fin de semana en la ciudad.

En cuanto a Louis Lachenal, años atrás montañero aficionado, ahora es profesor de la Escuela Nacional de Esquí y Alpinismo. Para los de Chamonix es *extranjero*, lo cual quiere decir que no es natural del «valle». Es de Annecy. A pesar de este nacimiento, impuro a los ojos de las gentes de allá arriba, que defienden su montaña, ha realizado, como Gastón Rebuffat y Lionel Terray, la difícil hazaña de ingresar en la famosa compañía de Guías de Chamonix, única en el mundo por la calidad y el número de sus miembros. De mediana estatura y de mirada viva y penetrante, tiene en la conversación grandes ocurrencias. Le encanta todo lo excesivo; sus juicios son terribles. Leal consigo mismo, no vacila en reconocer sus faltas cuando es preciso. Siempre que pueden, él y Lionel Terray emprenden como cordada las ascensiones más importantes de los Alpes.

Lionel Terray, aunque nacido en Grenoble, es también guía de Chamonix, y forma con Lachenal la cordada «irresistible». Son dos verdaderas locomotoras. Al igual que su amigo, Terray se siente inclinado hacia las opiniones definitivas y extremas. Entre ellos hay siempre un pugilato para ver cuál de los dos exagera más. Pero Terray no se rinde nunca. A pesar de ser hijo de un médico y poseer una buena cultura, le gusta hacerse pasar por un bárbaro que no reconoce más ley que el músculo. Ha venido a la montaña atraído por un ideal, y su oficio de guía le apasiona. Durante la guerra explotaba una granja en las Houches. Podían incorporarse a ella los amantes de la montaña que no tuvieran miedo al trabajo (comparaba las posibilidades de los otros a las suyas, lo que resultaba peligroso). Actualmente se encuentra en Canadá, donde estuvo ya el año pasado enseñando los nuevos

métodos franceses de esquí. De allí trajo una gran cantidad de interjecciones inéditas. «En este momento —me escribe— estoy haciendo esquí en tabernáculo». Llegará ocho días antes de la salida y entretanto es preciso coordinarlo todo por carta, lo cual no facilita la tarea.

Gastón Rebuffat tiene un origen vergonzoso para un alpinista, y sobre todo para un guía: ¡nació a la orilla del mar! La Compañía de Guías necesitará muchos años para lavar esta mancha. Sin embargo, en los acantilados de Las Calanques, entre Marsella y Cassis, veló sus primeras armas. Es el más alto de la expedición: apenas llegamos a su hombro. Ha cubierto los mayores recorridos de los Alpes, a veces sin interrupción. Francisca, su joven esposa, y su hija le ven poco durante la temporada: Chamonix, Cortina d'Ampezzo, Zermatt... En este momento está dando una serie de conferencias en Italia, pero voy a rogarle que regrese urgentemente.

Todos ellos constituyen lo que denominamos equipos de asalto. Sería imposible encontrar gente mejor en Francia. Por otra parte, no ha habido la menor desaprobación, ni siquiera muda. Si se hubiese organizado un plebiscito entre los montañeros, habrían salido los mismos nombres.

Y para el cine, ¿cómo vacilar? Viene Marcel Ichac, y ésta es una gran ventaja. Estuvo ya en el Himalaya en 1936 y ha tomado parte en numerosas expediciones; en cuanto llegue podré beneficiarme de sus consejos. De momento se encuentra en Groenlandia con Paul-Émile Victor; luego dará un salto hasta Estados Unidos para realizar una película sobre los campeonatos mundiales de esquí en Aspen. No llegará hasta pocos días antes de

nuestra salida para India. A decir verdad, su misión será múltiple; consistirá, en primer lugar, en hacer una película sobre nuestra expedición, y tendrá carta libre en todo lo referente a fotografía. Cada uno de nosotros llevará una máquina, pero la conservación, aprovisionamiento y cuidado de las películas filmadas correrán a su cargo. Como es inteligente, emprendedor y de carácter curioso, se ocupará también de la documentación científica.

El principal peligro para un alpinista es su mujer. Para todos nosotros es algo fundamental. Ichac, por su parte, ha resuelto el problema casándose con una alpinista.

Jacques Oudot es el médico. Un cirujano de categoría. Podremos permitirnos el lujo de una fractura. Su trabajo le ocupa mucho. Prudentemente, ha dado la orden de que no se le moleste en el hospital de la Salpêtrière, donde hace operaciones de cirugía vascular bajo la dirección de su profesor, Mondor. Lo que se atreve a realizar me parece tan increíble, que siempre le pregunto: «Y... ¿no se ha muerto... ?» ¡Ah! ¡La ignorancia es atrevida! Mis preguntas sobre cirugía parecen siempre divertirle mucho.

Los cirujanos alpinistas son escasos. Conozco bien a Oudot y sé de lo que es capaz. Sería muy valioso en el Himalaya.

—¿Te decides, Oudot?

—¡En este momento estoy muy ocupado!

En sus maliciosos ojillos se adivina un movimiento de retirada.

—¡Mañana te lo diré! —promete.

Hace una semana que dura esta pugna, y tanto Devies como yo estamos desesperados. Dos días antes de la marcha le arrancamos por fin el deseado «sí».

Su misión consistirá en mantenernos en buen estado de salud, cuidarnos cuando sea preciso e informarme en todo momento del estado físico de mis compañeros y de su grado de aclimatación... Por otra parte, ejercerá su arte entre los nativos con toda la generosidad posible.

Una cuestión espinosa: el oficial de enlace. Preferiríamos un francés, pues nos sería más fácil entendernos. Robert Tézenas du Montcel nos habló hace unos días de un diplomático joven de la Embajada en Nueva Delhi. Exigimos mucho de él. Además de inglés, debe entender y hablar el indostaní y los principales dialectos locales: el gurkhali, el tibetano... Tendrá que ocuparse de las cuestiones de transporte y será además responsable de las buenas relaciones diplomáticas con las autoridades de Nepal, tanto en Katmandú, la capital, como en las regiones que atravesaremos. Francis de Noyelle sería idóneo. Sabe lo que es la montaña, por ser un ferviente alpinista, y esta cualidad es esencial en nuestro equipo.

Es el único a quien no conozco. Sus padres y su hermana me han hablado en tales términos de él, que lo considero ya como a un amigo. Se trata de un muchacho fuerte, de mirada viva, desenvuelto, acostumbrado a tratar con toda clase de gente. Ha efectuado hace poco un viaje a Katmandú para acompañar a nuestro embajador en India y Nepal, Daniel Levi, cuyo prestigio es considerable en aquellos países. Tomó parte en las negociaciones que consiguieron la autorización excepcional para penetrar profundamente en el territorio de Nepal. En Darjeeling, el profesor Rahaul, que ha tomado parte ya en varias expediciones al Himalaya, le ayudará a reclutar a los sherpas a la mayoría de los cuales conoce personalmente.

Este es el equipo. Son hombres *duros*, de acusada personalidad y caracteres brillantes.

Todos desean ardientemente ir al Himalaya, hace años hablamos entre nosotros de este viaje, y están dispuestos a los mayores sacrificios, tal como expresa Lachenal:

—¡Iríamos aunque fuera de rodillas!

—Y agradecidos —añade Rebuffat.

Sí, hay que decirlo: acometen la gran aventura con una pasión del todo desinteresada. Saben, al marchar, que nada les pertenece y que no deben esperar nada a su regreso. Cualquier clase de beneficio, sin excepción, servirá para alimentar un fondo de reserva destinado a las próximas expediciones.

Un ideal puro es el único móvil de estos hombres. Un ideal que los unirá por encima de sus orígenes diversos e incluso opuestos.

Los días que faltan para la partida pueden contarse con los dedos de la mano. Schatz y yo visitamos a los proveedores. Cada noche los paquetes más heterogéneos, los bultos de algunos gramos o de más de cien kilos son desembalados y amontonados.

Tenemos los brazos doloridos por las numerosas inyecciones que hemos soportado: fiebre amarilla, cólera, viruela... Pero ¿qué importa? Todos hacemos cuanto podemos. Es preciso que esté todo dispuesto.

Esta noche, 28 de marzo, última sesión del Comité del Himalaya. Todos los miembros de la expedición están presentes. El presidente, Lucien Devies, gran promotor de la expedición, hace una breve reseña histórica de la epopeya del Himalaya y dice lo que espera de nosotros.

—El Himalaya ha merecido, por su amplitud, el título de tercer polo. Veintidós expediciones de diversas nacionalidades han intentado vencer un ochomil. Ninguna lo ha conseguido.

Luego señala nuestros objetivos.

—El Dhaulagiri, de ocho mil ciento sesenta y siete metros, o el Annapurna, de ocho mil setenta y cinco[1], en el corazón mismo de Nepal. En caso de imposibilidad, lo cual no tendría nada de humillante, deberán ser alcanzadas algunas cumbres de consolación. La expedición, con sus seis toneladas de material y de víveres, deberá franquear la frontera de India y penetrar en el territorio hasta ahora prohibido de Nepal. Después de tres semanas de marcha para subir hacia los altos valles, llegará a Tukucha, el *Chamonix* de Nepal, cuya situación geográfica es notable. En efecto, este pueblo está situado entre el Dhaulagiri y el Annapurna.

Hasta ahora, las expediciones al Himalaya escogían sus objetivos en regiones ya exploradas y conocidas. Nosotros no poseemos ninguna documentación sobre nuestros dos ochomiles. Ignoramos completamente sus vías de acceso. Los mapas de que dispone la expedición son imprecisos y casi inutilizables en alta montaña; tanto es así que lo primero que deberán hacer nuestros compañeros al llegar a Tukucha, su cuartel general, será reconocer los dos macizos, y no empezar ninguna tentativa hasta que el terreno les sea familiar y hayan podido señalar un itinerario de ataque...

---

(1) Esa era la altura que en la época pensaban que tenía el Annapurna. Hoy en día la altura oficial es de 8.091 metros.

Nuestro amigo Lucien Devies prosigue:

—... Deberán llevarse a cabo investigaciones médicas, geológicas, etnográficas, meteorológicas, geográficas...

¡La tarea es inmensa! Estoy seguro de mis camaradas. Es el mejor equipo que puede reunirse actualmente. Todos tenemos conciencia de la calidad de cada uno de nosotros. El material que llevamos aumenta aún más nuestra confianza. La industria francesa ha realizado un esfuerzo excepcional. EI material más ligero que existe, el más sólido y más cómodo ha sido concebido y realizado en pocos meses.

¿Hay que decir algo más? ¿Hay que aclarar algún punto?

Esta noche, el oscuro y sombrío despacho en que nos hallamos me parece grande y solemne.

¡No hay que añadir nada! Después de este silencio estaremos enfrascados en aventuras extraordinarias que no podemos imaginar, pero que presentimos como alpinistas.

Los puentes están cortados entre estos graves y sensatos personajes y estos hombres bronceados y llenos de vida.

Bruscamente, Lucien Devies se levanta. Después de un breve silencio dice, pronunciando claramente cada sílaba:

—Éste es el juramento que debéis prestar como vuestros predecesores de mil novecientos treinta y seis: «Prometo por mi honor obedecer al jefe de la expedición en todo cuanto me ordene para la buena marcha de la expedición».

Los alpinistas no suelen ser aficionados a las ceremonias. Mis compañeros están en pie, torpes y emocionados a la vez. ¿Qué deben hacer?

—Vamos, señores... Tú primero, Matha —El diminutivo de Marcel Ichac— ya que eres el más antiguo.

Henry de Ségogne es el hombre del momento. Jefe de la expedición de 1936, no ha escatimado en su trabajo ni en sus consejos para hacer ganar a nuestra expedición la primera batalla: la partida.

—¡Anda, Matha! —dice Ségogne.

En el mismo momento que habla de Ichac, y confundiéndose con su voz, la respuesta de Terray se deja oír, casi tímidamente. Uno después de otro, mis compañeros juran obedecer en todas las circunstancias, y sobre todo en los momentos decisivos, al jefe de la expedición. Es tal vez su vida lo que ofrecen. Y ellos lo saben.

Todos confían en mi espíritu de equidad. Yo hubiera querido decir unas palabras, pero soy incapaz de pronunciarlas. Ningún sentimiento tiene más valor que esta mutua confianza.

El equipo ha nacido en este minuto; ahora debo ocuparme de su existencia.

El Comité obra magnánimamente, y si me da todas las responsabilidades de la ejecución, me deja también plena libertad de iniciativa. Esta reunión, que quedará siempre viva en mi memoria, termina ya y siento un gran pesar: Pierre Allain, gran figura del alpinismo francés, que tanto ha hecho por nosotros, no vendrá; su salud, debilitada durante la guerra, no le permite estas largas expediciones. Mejor que nadie sé lo que el Himalaya representa para él: esta noche le parece un paraíso perdido. Pero su rostro no deja traslucir nada; sonríe, contento de vernos marchar. Lejos, en tierras de Asia, pensaremos muchas veces en este amigo, separado de nosotros por el destino.

Hoy, 29 de marzo, las personalidades que nos ayudan a organizar nuestra empresa están aquí, en los salones de la calle de La Boétie. Han venido a animarnos en vísperas de la partida. Henry de Ségogne da algunas explicaciones mientras yo atiendo a unos y a otros.

Loubry, piloto jefe de la U. A. T. (Unión Aeronáutica de Transportes, asociada a Air France), me llama por teléfono.

—Al habla Loubry. Estoy en el aeródromo de Le Bourget. ¿Sabe usted cuánto pesa el equipaje?

—Un poco más de tres toneladas y media.

—¡Cuatro toneladas y media!

—...

—¡Arréglese como pueda! No puedo llevar más que tres toneladas y media. El resto de la carga se compone de medicamentos urgentes para Indochina.

Estoy consternado. Cada uno de nosotros puede disponer de un peso determinado. Todos los paquetes, botiquines, cajas, estaban contados y repartidos... ¡Hay que rendirse a la evidencia! Se comprende que una tonelada más en un DC-4 es mucho.

El embalador me decía:

—Es preciso que todo sea muy sólido.

Me había costado mucho convencerlo de que no pusiera armazones de hierro. En cuanto a Oudot, le había repetido numerosas veces:

—Por nada del mundo debes sobrepasar el peso máximo de ochenta kilos que tienes asignado.

—Oye, es posible que lleve algunos kilos de más...

Esta mañana me confesó:

—¿Sabes cuántos kilos llevo?

—¡Por lo menos cien, con tus botiquines!

—¡Doscientos cincuenta!

La noticia había sido acogida fríamente... ¿Podía adivinar que el principal consumidor de sus productos farmacéuticos había de ser yo?

—Espere, comandante... ¡Tal vez haya alguna solución! —Mi voz se ahoga en la garganta. ¡Los directores de Air France estaban allí!—. ¡No se retire, comandante!

A última hora encontramos la solución. Los medicamentos viajarán en otro avión de la línea regular y no sufrirán retraso.

Regreso al salón, afectado todavía por el contratiempo. La mayoría de los invitados se han ido después de desearnos suerte, y esta velada, la última, se acaba muy tarde para mí.

Fatigado y con los nervios de punta, procuro en vano conciliar el sueño. Durante horas enteras paso revista mentalmente a todo el material que llevamos, temiendo haber olvidado algún objeto esencial. Si, por ejemplo, llegara a perderse el bulto de los crampones, la expedición no podría salir de ninguna manera.

El sueño sigue sin venir.

La visión cómica de Oudot nadando sudoroso en medio de montañas de medicamentos en la antesala del Club Alpino Francés acude a mi memoria. ¿No le faltará nada? ¿Le habrá sugerido el doctor Carle, miembro de la expedición de 1936, todo cuanto a él le enseñó la experiencia? ¿Tendrá todos los productos necesarios para cuidar a los nativos, indispensables para el prestigio del *Doctor Sahib*?

No me duermo todavía. ¿Les habrán puesto todas las inyecciones a Louis Lachenal, Gastón Rebuffat y Lionel Terray? ¿Tendrán todos los papeles necesarios? Si no es así, al pasar por Karachi corremos peligro de ser dete-

nidos. ¿Encontraremos mosquiteras suficientemente eficaces para protegernos contra la malaria?

Sigo sin dormir.

Y las montañas, ¿cómo se presentarán? Tukucha está a 2.500 metros, y las cumbres, a 8.000: 5.500 metros de desnivel, en el curso de los cuales la Naturaleza dispondrá todas las dificultades y todos los peligros.

¿Nuestra resistencia física y moral y nuestro espíritu de equipo resistirán la prueba de la altitud y todas sus consecuencias? ¿No se adelantará el monzón?

No duermo todavía, no puedo dormir.

La aurora viene a poner término a estos desvelos. Mi última noche europea se acaba.

Ahora debo levantarme y dirigirme al aeródromo de Le Bourget.